

RESEÑA

Título: EL DON DE LA POBREZA

Autor: Pedro Flores

Edita: Diputación de Cáceres, 2019

El libro de poemas *El don de la pobreza* de Pedro Flores (Las Palmas de Gran Canaria, 1968) se alzó con el prestigioso Premio “Flor de Jara” de Poesía, presidido por Aurora Luque, en su edición de 2019. El autor cuenta con una dilatada y sólida carrera literaria en la que ha cultivado el género narrativo con obras como *La verdad no importa*, *Capitanes de azúcar*, *El país del viento*, *Cabeza de rata*; el género dramático con *Los huesos del poeta* y, especialmente, el género lírico, con más de una docena de poemarios. Ha obtenido importantes premios como el Oliver Belmás, el Fray Luis de León, el Ciudad de Las Palmas, el Ciudad de Tudela, el José Hierro o el prestigioso Gil de Biedma. Fue finalista en el Premio Nacional de la Crítica de 2009 y sus poemas han sido traducidos a distintas lenguas europeas. Estamos, pues, ante un autor con una extensa trayectoria literaria, ampliamente reconocida, y dueño de una voz singular y tremendamente sugerente, como se aprecia en la obra que nos ocupa.

Desde los primeros poemas de *El don de la pobreza*, el lector se percató de tres aspectos importantes. En primer lugar, el lenguaje utilizado es accesible, estándar, lo que hace presuponer un afán de comunicación con los posibles lectores. Esta primera impresión se ve confirmada por el hecho de que el autor selecciona motivos que pueden considerarse cotidianos, del entorno doméstico, a la hora de construir el escenario en el que se desarrolla la acción. En segundo lugar, desde el primer poema, llama la atención

que esos textos, aparentemente sencillos en su lenguaje y en su forma, logran siempre trascender la mera referencia personal o familiar para acabar convirtiéndose en una reflexión profunda sobre la vida o sobre el arte, que en el caso del sujeto que nos ocupa bien pudieran ser la misma cosa. Y, por último, dentro del evidente lirismo, los textos presentan cierta modalidad narrativa, marcada claramente con la alternancia de los pretéritos imperfectos (“Sabía que luego...”, “Valía la pena...”) para narrar los hechos habituales en el pasado, con los perfectos simples (“Luego me planté...”, “un día me atreví...”) para señalar las acciones puntuales y avanzar en el relato.

Otro de los aspectos destacables es la elección del sujeto lírico. Se trata de lo que la Teoría Literaria llamó “autor implícito”, es decir, un sujeto lírico que se sabe escritor y da continuas señales de ello. Pero estamos ante un “autor implícito” con unos rasgos peculiares o, mejor dicho, que habla desde un punto de vista peculiar. Se aprecia en su tono un cierto aire de derrota que impregna los poemas de una humanidad con la que es fácil identificarse. Habla este sujeto lírico desde una posición que podríamos denominar “contemporánea”, en cuanto a que su tono es existencial y la ironía e incluso el humor forman parte de sus registros.

A lo largo del libro se aprecia un marcado carácter teatral en los textos. El autor se sube al escenario y no duda en rodearse de personas de su familia y de su entorno rural más cercano. Todo el poemario presenta un receptor explícito, el propio lector, al que se invoca o convoca en ocasiones, confiriendo al conjunto este halo dramático, de interpelación, al que nos referimos: “De haber sido así ustedes lo hubieran sabido”. De pronto ese receptor cambia para convertirse en alguno de los personajes, su madre, su abuela o el propio sujeto lírico, interpelados con un “tú” diáfano.

Las coordenadas espaciales y temporales están claramente delimitadas y parecen aludir, a través del filtro de la ficción, a referentes reales: un lugar, Villa Perro, en principio indeterminado pero dotado de unas características sociales muy reconocibles: las de cualquier población de la España rural; y un tiempo, el de la infancia del autor, que podemos situar en los años setenta del siglo XX, gracias a algunos datos del imaginario colectivo, como la canción de Los payasos de la Tele “Así planchaba que yo la vi” o Han Solo. Además, se citan canciones, retahílas y personajes imaginarios (Ramón Ramírez, Ratón Pérez, Mambrú se fue a la guerra) conocidos por cualquier lector que haya sido niño en esa época.

Como sucede en tantos otros autores, para Pedro Flores la infancia es un terreno fecundo del que extrae la anécdota que da pie al poema y que acabará desembocando en la reflexión realizada ya por un adulto maduro cuya formación y bagaje le permiten que lo local trascienda y se convierta en universal. La familia, especialmente los abuelos; las tareas cotidianas, las fotografías, la vida en el entorno rural, las enfermedades, los juguetes, todos los elementos que la memoria acarrea a la playa del presente acaban componiendo un escenario sentimental desde el que nuestro personaje nos hace llegar su voz, en textos concebidos como breves monólogos teatrales.

En esta puesta en escena, llama la atención la capacidad de Pedro Flores para fijarse en detalles cotidianos aparentemente insignificantes, que seguramente muchos lectores compartan, y convertirlos en material poético: la cama en la que duermen cuatro hermanos por las estrecheces económicas, la plancha y el pantalón sobre los que se inclina la madre, la tienda de chinos, los operarios de la construcción a los que se queda mirando el abuelo, el caldo y el pollo en la habitación de hospital de la tía enferma, el padre borracho en una esquina de bar. Gestos tan sencillos como la firma ceremoniosa y ritual de un abuelo casi analfabeto o el guiso sobrante que se regalan unas vecinas a otras acaban formando parte de un tejido textual que se llena de connotaciones y significados.

Resulta también sorprendente cómo estos elementos cotidianos, muchas veces prosaicos, se mezclan con referencias literarias gracias a la voluntad de un sujeto lírico empeñado en convertirse en escritor y en transformar una realidad nada exótica en escenario poético. Los propios personajes que aparecen en el poema (los progenitores, los abuelos, las vecinas) se muestran sorprendidos ante el niño que les recita versos y más adelante trata de realizar sus propias composiciones para unos receptores sin formación literaria y sin interés artístico, que le contemplan divertidos y que se dirigen a él como si fuera un pequeño bufón o un “niño tragado por un viejo”.

Este motivo enlaza con el carácter metaliterario que recorre el libro. El sujeto, que se sabe escritor, realiza constantes homenajes literarios y reflexiones metaliterarias o metalingüísticas (sobre palabras como “devastación” y “penuria”). No faltan los homenajes directos a escritores admirados y descubiertos muy probablemente en esos años juveniles: Rubén Darío, Horacio, Petrarca, Shakespeare, Claudio Rodríguez, Ezra Pound y, sobre todo, Antonio Machado y César Vallejo. Pero, de nuevo, estas referencias se entrecruzan con la cruda realidad del niño que quiere ser poeta en un ambiente poco propicio o con el adulto formado en el que sentimientos como la ironía o la decepción han hecho mella.

Volviendo al carácter teatral, podemos aludir a una técnica muy querida por el autor para finalizar los poemas. Se trata de lo que se conoce en semiótica y pragmática como “Speech acts” o “Teoría de los actos de habla”, siguiendo la terminología de John Austin (*How to Do Things With Words*, 1962) y John Searle, pero en este caso aplicándolo a la lírica. Esta teoría, en síntesis, sostiene que hay mensajes que suponen un tipo particular de acción. En muchos de los poemas de *El don de la pobreza* el texto es el enunciado y a la vez se convierte en el resultado de la enunciación. De esta manera, el lector contempla cómo el propio poema se construye frente a sus ojos o cómo el sujeto lírico se sube al escenario o hace subir a otro personaje que está recitando el propio texto que leemos. Así sucede, por ejemplo, en el poema “Houdini”, donde se dice: “Lo sumergieron en el tanque de agua, encadenado / y al redoble de un tambor de señoras y señores / apareció aquí, en este poema, chorreando”. El poema “Sobre un ratón blanco viaja mi memoria” termina diciendo “Para que un viejo diga de memoria / ante una escasa y aburrida concurrencia / este amargo, olvidable poema”. Esto mismo puede apreciarse, sensiblemente

modulado, en textos como “No era cuento”, “Noche de reyes”, “Pesquisas”, “Un lugar que fuera nuestro”, “Perro de Villa Perro”, “Encontrar el hilo”, “De ratones y putas”, “El lector y la poesía”, “El tiempo y la edad”, “El invitado”, así como en el poema que cierra el libro, “La demasiada poesía”, todos ellos con una lectura paralela metaliteraria muy en consonancia con la presencia que hemos destacado del “autor implícito”. La cantidad de poemas que presenta esta técnica hace que la destaquemos como elemento de construcción ficcional dentro del libro.

La triple dimensión de la enunciación lírica, hábilmente plasmada, enriquece considerablemente la lectura, pues se entrecruzan el plano real extraliterario y dos planos ficcionales, el del autor implícito y el del niño. Hay que decir que la mirada del autor implícito hacia ese tiempo pasado no es exactamente nostálgica, sino más bien compasiva hacia los detalles escabrosos, que en ningún momento evita, o llena de ternura, sobre todo hacia los personajes femeninos.

El don de la pobreza resulta un libro rico y lleno de matices que mezcla la realidad con la ficción, lo cotidiano con lo extraordinario, la sencillez con la referencia literaria, el humor con la fina crítica sociológica. Ya hemos señalado cómo un conjunto que podría caer en la rememoración plana y sensiblera remonta el vuelo gracias a la presencia constante de la ironía y a veces del humor y, por supuesto, gracias a la capacidad del autor para plasmar una situación cotidiana, que probablemente muchos lectores comparten, y transformarla en una reflexión que dota al texto de profundidad existencial y filosófica. Esta capacidad de incorporar al poema lo que está a nuestro lado y pasa tantas veces desapercibido, y además dotarlo de significado es, sin duda, uno de los grandes aciertos de un libro que, afortunadamente, no pasó desapercibido para el jurado del premio “Flor de Jara” 2019 y forma ya parte de la colección Poesía de la Diputación de Cáceres.

Irene Sánchez Carrón